

La identidad agustiniana desde el ser humano

“Enamorarse de Dios es el romance más grande;
buscarle, la mayor aventura;
encontrarlo, el mayor logro humano”
San Agustín.

Fray Enrique Arenas Molina, OAR
Rector Uniagustiniana

Ambientación

Auténticamente, la participación de Agustín a la concepción cristiana de la persona ha sido extraordinaria y de una singular relevancia en la vida cultural. Su itinerario intelectual y espiritual constituye un modelo válido también hoy en la relación entre fe y razón, tema esencial no sólo para los creyentes, sino también para quienes buscan la verdad. Estas dos dimensiones, fe y razón, no deben separarse ni contraponerse, sino que deben estar siempre unidas. Como escribió Agustín tras su conversión, fe y razón son “las dos fuerzas que nos llevan a conocer” (acad. III,20,43). Las numerosas referencias que su extensa producción escrita recogen sobre la persona humana, constituyen uno de los puntos de arranque de la oferta pedagógica contenida en este Carácter propio.

“Ama y haz lo que quieras porque tu amor y entusiasmo educan por sí mismos” (Io. eu. tr. 8,8). Cuando se habla de la identidad agustiniana desde el ser humano, ahondando en el pensamiento y los valores, el foco transcendental es el amor; amar y ser amado era lo más importante. Esta identidad está encarnada en un proceso que conlleva una responsabilidad con la vida y que encuentra en el amor el primordial motor para su desarrollo. El amor arrastra y potencia la actividad de

conocer y a la vez da sentido y dinamiza la búsqueda que el hombre emprende: aproximarse al amor de Dios. La sabiduría es la medida del hombre (beata u. 4,43).

Sólo hace feliz al hombre el que le hizo (ciu. 22,30). San Agustín se inclina por una formación para la libertad, para la comprensión y la responsabilidad mutua, como un despertar la autoconciencia para que la persona descubra por sí mismo la verdad y despliegue todo lo que contiene en su interior; no en vano “aprender no es otra cosa que recordar”. No se entra en la verdad sino con el amor (c. Faust. 32,18).

En san Agustín, si amas de verdad no temas. Todo lo que hagas estará bien hecho (Io. eu. tr. 10). Porque al compendiar la identidad asimilamos el proceso integral que sobrelleva ciertos elementos primordiales que se van sustentando con el saber: espiritual, moral, intelectual y de voluntad, encaminado a hacer emerger y dinamizar, mediante la fuerza cognitiva del amor, todas las potencialidades latentes en el ser humano con el diálogo permanente, amable, intercultural e incluyente.

Lo que amas eres. El dar es mérito para recibir (ep. 266). Porque desde la apertura de los valores se conquista el diálogo centrado en el amor como clave en todo proceso de saber e interacción social, laboral y pedagógica. Con el lema: Amor y Ciencia: educar la mente y el corazón. Caminamos detrás de lo que buscamos y nuestra búsqueda va en pos de nuestro amor (ep. gal. 54).

Permítanme comenzar este artículo: **La identidad agustiniana desde el ser humano**, ahondando en el pensamiento y los valores, con esta anécdota:

No me pueden quitar la vida

“Cuentan que, en medio de los desmanes sin cuento de una guerra civil en uno de los países de África, le preguntaron a un religioso

si no tenía miedo a que le quitaran la vida, y él contestó: ‘No me pueden quitar la vida por la única razón de que no es mía, pues hace años que la entregué’.

Moraleja:

1. San Agustín dice: “Hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno” (ep. 78,8). La gente más feliz no es la que tiene lo mejor de todo, sino la que hace lo mejor con lo que tiene:
 - Viven de manera sencilla y tienen paz. Lo que amas eres.
 - Dan amor y actúan pródigamente.
 - Son solidarios, solícitos y hablan con amabilidad.
 - Respetan a sus semejantes y son abiertos a los demás.
 - Son sinceros con todos. No basta con conocer, es preciso saber (conf. 3,6).
2. Para san Agustín: “Mi peso es mi amor; él me lleva doquiera soy llevado” (conf. 13,9,10). La vocación es un don y una llamada y una gracia especial de Dios, recibida en fe, y cultivada y discernida en la oración. Este proceso de formación permite al joven crecer y madurar en su respuesta a la llamada que Dios le hace.
3. “Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz” (conf. 10,27,38). La iniciativa es de Dios. Es una constante en la vocación bíblica y lo repite Jesús: No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os ha elegido. Es necesario orar y trabajar, acoger y dar gracias, aún sólo por una vocación, observar y descubrir.

Como desenlace de esta historieta, san Agustín expresa:

“No hay cosa que mueva más al amor que descubrirse amado. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz” (conf. 10,27,38).

En este artículo: **La identidad agustiniana desde el ser humano**, ahondando en el pensamiento y los valores, desplegaré 7 aspectos esenciales:

1. Fundamentos de la identidad.
2. Búsqueda de la verdad ¿Soy agustiniano?
3. Nadie da lo que no tiene.
4. El arte de enseñar.
5. Una propuesta de valores.
6. Huella del hombre.
7. Caminando en la amistad.

Verdad es lo que es: todo cuanto realmente está siendo tiene su verdad (Sol. II,5,8). La vida se nos ofrece como don y tarea apasionante de llegar a ser persona. Se trata, por tanto, de un proyecto que va más allá de la adquisición de una cultura y unas habilidades: “La ciencia se debe emplear como un cierto andamio por el que va subiendo la estructura de la caridad, que permanece para siempre, aun después de la desaparición de la ciencia” (ep. Ps. 55,21,39).

1. Fundamentos de la identidad

San Agustín pronuncia que, en la escuela del Señor, todos somos condiscípulos (s. 242). Religiosa es la identidad agustiniana ya que Agustín no sabe hablar de la persona sin hablar al mismo tiempo de

Dios, “fin último del hombre” (GS 41). Quien de veras busca su propia identidad, su formación integral; busca a Dios y quien de veras busca a Dios se encuentra a sí mismo. Dios ha construido una escalera en tu corazón para que subas. Mientras más ames más alto subes (en. Ps. 83,10).

Agustín no reflexiona sobre un ser humano abstracto y desencarnado, sino que centra la mirada sobre sí mismo. Es entonces cuando desvela y narra la dramática experiencia de la búsqueda inquieta que ocupó su vida durante años. “Preguntaba a mi alma por qué estaba triste y por qué estaba tan confuso, y no sabía responderme nada. Se ve como un gran abismo, una tierra de difícil cultivo y de excesivo sudor para sí mismo, inestablemente movedizo como un mar” (conf. 13, 20,28).

A pesar de su desprendimiento tiene hambre de Dios: “Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti” (conf. 1,1,1). Si amas de verdad no temas. Todo lo que hagas estará bien hecho (ep. 10). Porque el proyecto humano pleno y total desemboca en Dios (Io. eu. tr.14,5).

Atrayente desde ese momento la vida de Agustín que se centró en el amor; amar y ser amado era lo más trascendente. Dios no toma en consideración tus talentos, sino tu disponibilidad (s. 18). Si no puedes hacer lo que quieres, no es razón para que no quieras hacer todo lo que puedes (ep. 166).

2. Búsqueda de la verdad ¿Soy agustiniano?

Verdad es lo que es: “todo cuanto realmente está siendo tiene su verdad” (Sol. II,5,8). En la búsqueda de la verdad el amor es la belleza del alma, pues, la verdad es como un león, no necesitas defenderla. Déjala libre, se defenderá a sí misma y la felicidad verdadera y segura en sumo grado la alcanzan, ante todo, los hombres de bien que honran a Dios, el único que la puede conceder. Nadie es feliz contra su volun-

tad. Nadie es bueno en su interior si actúa por la fuerza; aunque sea bueno lo que hace (conf. XII,9).

Buscar es preguntar. Desearía partir de una pregunta: ¿qué inquietud elemental vive Agustín en su vida? O tal vez debería decir más bien: ¿qué inquietudes nos invita a suscitar y a mantener vivas en nuestra vida este gran hombre y santo? Presento tres: la inquietud de la búsqueda espiritual, la inquietud del encuentro con Dios y la inquietud del amor, que se van resolviendo durante el artículo.

En Agustín, el aprender a conocerse implica serios riesgos. Supone despertar de un largo letargo en que la mayoría de la población vive inmersa. Conocerse a uno mismo supone empezar a valorarnos tal como somos, con nuestros defectos y nuestras virtudes, abrazando ciertos conceptos como el de imperfección o finitud. “No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo, mas no olvides que, al remontarte sobre las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma, dotada de razón. Encamina, pues, tus pasos allí donde la luz de la razón se enciende” (De ver. Rel. 39,72).

En su juventud no era muy religioso, así que pudo pasar sus mejores años como Dios manda. Dice Agustín en sus Confesiones: “Llegué a Cartago, y por todas partes chisporroteaba en torno mío un hervidero de amores impuros. [...] Amar y ser amado era la cosa más dulce para mí, sobre todo si podía gozar del cuerpo de la persona amada. De este modo manchaba la fuente de la amistad con las inmundicias de la concupiscencia y obscurecía su claridad con los infernales vapores de la lujuria” (conf. 3,1,1).

Enérgico proceso en su vida. Su hijo Adeodato -dado por Dios- su madre Mónica, derramó muchas lágrimas por su conversión, lo ganó para Dios. Desde esos momentos los amores impuros retrocedieron y se convirtió en el enemigo furioso de las pasiones humanas, es decir, de los placeres paganos. Prescribió la doctrina fundamental del

pecado que contagió a todo el mundo cristiano y les quitó el sueño no sólo a los padres de la Iglesia, sino también a centenares de millones de creyentes ordinarios. También fantaseó mucho sobre las diferencias básicas entre la sociedad terrestre y el Reino de Dios. Desplegó la teoría de justificación de Dios, -teodicea- de la justificación de Dios por la verdad.

Con este convencimiento manifiesta, “ama y haz lo que quieras. Si callas, callarás con amor; si gritas, gritarás con amor; si corriges, corregirás con amor, si perdonas, perdonarás con amor”. Su espíritu y estilo de identidad están vivos y sintonizan con la sociedad actual. Un cambio total en su existencia a una vida feliz: “Dios es fuente de nuestra felicidad y meta de nuestro apetito” (ciu. 10,3,2).

Nos hiciste para ti

(conf 1,1,1)

*Grande eres, Señor, y digno de toda
alabanza.*

*Grande es tu poder,
tu sabiduría no tiene límites.*

*Y este hombre, pequeña migaja de tu
creación, quiere alabarte.*

*Precisamente este hombre,
que es un amasijo de fragilidad,
que lleva aún pegada la etiqueta de su pecado,
y es la mejor demostración de lo que es la
soberbia. A pesar de tanta miseria,
este hombre quiere alabarte.*

*Y eres tú mismo quien lo estimulas
a que encuentre deleite en ello.*

*Porque nos hiciste, Señor, para ti
y nuestro corazón está inquieto
hasta que descanse en ti. Amén.*

3. Nadie da lo que no tiene

Mejor es amar con severidad que engañar con suavidad (ep. Io. 93,2,4). Con el cambio de vida, evolución y lucha inquebrantable de la persona: nadie da lo que no tiene. Agustín expresa que, los hombres dicen que los tiempos son malos, que los tiempos son difíciles: vivamos bien y los tiempos serán buenos. Nosotros somos los tiempos: así como nosotros somos, son los tiempos.

Es innegable que el elemento primordial de toda formación es la concepción de la persona que se pretende formar y que subyace a todo proyecto educativo. hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno. Lo que amas eres. Es entonces cuando desvela y narra la dramática experiencia de la búsqueda inquieta que ocupó su vida durante años.

Al obispo de Hipona que como pedagogo enseña a amar nuestra misión. Su actividad, sus escritos tienen un marcado fin pedagógico. Después de salir de la escuela se dedicó a la docencia y, durante trece años, enseñó la gramática y la retórica en Tagaste, en Cartago, en Roma y en Milán.

Grandioso es el legado agustiniano que ha marcado huella en la historia, pues “nadie da lo que no tiene”. No basta con conocer; es preciso saber (conf. 3,6). La ley de la caridad es ley de la libertad. La autoridad es la puerta de la educación. Tenemos un sólo maestro; y bajo Él todos somos discípulos (s. 34,1). El buen educador trata a sus educandos con amor de hermano, con amor de padre, y hasta con amor de madre. Porque cuando se trata de aprender no hay viejos ni jóvenes. Dios ama la disciplina; y el educador ha de observarla e imponerla (ep. Io. 166,1).

No hay cosa que mueva más al amor que descubrirse amado. Hay que valorarnos, amarnos y ser fraternos y más en familia. Hay que dejar la marca del pasado, las cicatrices y las heridas que la vida poseyó, perdonando fijamente a los que nos han lastimado y, sobre todo, perdonándonos a nosotros mismos.

No obstante, con Agustín es innegable cometer faltas y que descubre por sí mismo la marca del pasado y que reviva. O como dice el Papa Francisco, llamando al perdón: el perdón de Dios es restaurador, hace nueva a la persona. Hay que dejarse querer por Aquel cuyo amor nunca nos hará daño, sino que es capaz de restaurarnos definitivamente y la misericordia siempre será más grande que cualquier pecado y nadie podrá poner un límite al amor de Dios que perdona.

Recuerda que todas las personas nos equivocamos, aprende a perdonar. Pedir perdón, no es humillarse, es reconocer que fallamos y queremos cambiar. No cuenta Dios facultades, sólo anota voluntades.

El amor cambia la vida (s. 313 A, 2-3) y sólo quien ama a Dios sabe amarse a sí mismo. El ser humano se mueve por amor y desde el amor, porque el amor es el peso del alma: “Mi amor es mi peso; él me lleva adonde soy llevado” (conf. 13,9,10).

No consientas que nada ni nadie te robe las ganas de existir. No tengas miedo, Dios te ha creado para los éxitos. Es hora de dejar atrás todo miedo y molestia. Dios pintará tus días de colores, Su poder te llenará de esperanzas y sólo con Él sentirás la certeza de que vencerás todas tus dificultades ¡Créelo! Dios ha sembrado en tu corazón talentos y dones para que alcances todos tus sueños y con la disciplina los alcanzarás. Pues, ninguno camina bien en los primeros intentos. La voz de la verdad no calla nunca. No grita con los labios, pero susurra con el corazón (in ps. 57).

4. El arte de enseñar

Uno de los más bellos textos filosóficos que distingo es De Magistro, el famoso diálogo de Agustín en donde conversa con su hijo Adeodato, y que empieza precisamente de esta forma:

Agustín - ¿Qué te parece que pretendemos al hablar? Adeodato - Por lo que ahora se me alcanza, o enseñar o aprender. Agustín - Así lo veo

yo: Una de estas dos cosas, y estoy de acuerdo; pues es evidente que pretendemos enseñar cuando hablamos (mag. I,1).

En esta obra se discute, se investiga y se muestra que el Maestro no es el que enseña al hombre las ciencias, sino Dios, según está escrito en el evangelio: 'Uno solo es vuestro Maestro, Cristo' (Mt 23,8.10). Si aún puedes ser mejor de lo que eres, es evidente que aún no eres tan bueno como debes (De ver. Rel. ,41).

Con este pasaje De Magistro se inicia un interesante diálogo en el que Agustín y su hijo empiezan a explorar la relación existente entre enseñar y aprender. Semejante a la enseñanza de Jesús con sus discípulos cuando les hablaba en parábolas: salió el sembrador a sembrar: Cristo es el sembrador, la semilla es la palabra de Dios y el terreno somos cada uno de nosotros.

No es más feliz quién más tiene sino quién menos necesita (Regla agustiniana). La experiencia humana nos demuestra que junto con la siembra nace la esperanza del sembrador. La siembra tiene su origen y raíz en la esperanza, pues nadie sembraría si no tuviera la confianza de recoger un fruto; pero al mismo, la siembra alimenta la esperanza.

En realidad, el sembrador no puede dejar de sembrar. Es aquí donde se revela la profundidad de vida de esos hombres, los maestros. Los que enseñan con arte. Nos sorprende ver cuántas y cuan valiosas obras han puesto en pie en un arco relativamente corto de tiempo.

Los hombres siempre mejoran, experimentan, aprenden, educan y desarrollan habilidades y competencias, gracias a la actitud que tengan hacia el compromiso y la lealtad hacia la institución para la cual trabajan. San Agustín dice que "si quieres conocer a una persona, no le preguntes lo que piensa sino lo que ama".

Somos consecuencia de muchos ambientes y creencias que empiezan a formarse en la juventud. En esa etapa de la vida somos como esponjas que todo lo absorben, recibimos cantidad enorme de estímulos tanto positivos como negativos. Requerimos formarnos, dar

un paso célebre en la vida y ser disciplinados para alcanzar la disciplina del éxito.

5. Una propuesta de valores

La familia agustiniana tiene una larga historia educativa y ha desarrollado su actividad en los más diversos ámbitos sociales. Su espíritu y estilo de educar siguen vivos y sintonizan con la sociedad actual y las demandas del mundo contemporáneo. El dar es mérito para recibir (ep. 266).

De educar por amor a los demás, y aprender por amor a la verdad: en palabras de la Uniagustiniana, es creer en ti. Es entregar la ciencia hecha sabiduría, hecha proyecto de vida al estilo de Jesús de Nazaret. El proyecto humano pleno y total desemboca en Dios (Io. eu. tr.14,5).

El amor impulsa y potencia la actividad de conocer y a la vez da sentido y fortalece la búsqueda que el hombre principia: para estar con Dios.

El Papa Francisco en su mensaje de la familia expresa que: La familia es un grupo de personas llenas de defectos, que Dios reúne para que convivan con las diferencias y desarrollen la tolerancia, la benevolencia, la caridad, el perdón, el respeto, la gratitud, la paciencia, el derecho, el deber, los límites, en fin, que aprendamos a Amar: haciendo por el otro lo que le gustaría que hicieran por sí mismos. Sin exigir de ellos la perfección que aún no tenemos. No nacemos donde merecemos sino donde necesitamos evolucionar.

Que gran sabiduría la del Papa Francisco, es sabio tener presente este concepto para evitarnos lamentos ni rencores hacia quienes no nos tocó elegir; aceptación, amor, respeto y honra hacia ellos. La vida es corta para estar en disputas o dificultades con los nuestros.

San Agustín dice que “la verdad es como un león, no necesitas defenderla. Déjala libre, se defenderá a sí misma”. Mi amor es mi peso.

La familia agustiniana tiene como emblema un corazón y un libro. Ambos elementos constituyen también el símbolo gráfico de la pedagogía inspirada en el pensamiento de Agustín. Aprender a ser y a compartir o –formulado de otro modo–, enseñar a pensar y a amar, se presenta como una síntesis genial de la educación agustiniana. El libro y el corazón integrados en una misma imagen. La noble posibilidad del pensamiento y el ejercicio humano del amor consciente. El amor inteligente, la verdad que hace relación al amor, y el amor que hace relación al corazón.

Hay una invitación aprender a ser y aprender a compartir a las que se llega por el camino de una enseñanza en valores: educar en la Interioridad, la Verdad y la Libertad responsable para aprender a ser y educar en la Amistad, la Comunidad, la Justicia y la Solidaridad, para aprender a amar y compartir.

Frente a la vida vivida en la superficialidad y el pensamiento débil, la escuela agustiniana pretende cultivar las dimensiones humanas más profundas, articulando razón y fe. “Dejemos tiempo a la meditación y al silencio. Recógete en tu interior y aíslate de todo miedo. Vuelve la vista hacia tu interior, donde no hay alboroto ni altercados, donde tienes un retiro tranquilo para tu conciencia. Atiende con calma y serenidad a la verdad para que la entiendas” (s. 52,22).

6. Huella del hombre

Como el Principio de un hecho es partir, y la culminación es la llegada; la tarea del aprendizaje es el comienzo, y la culminación, la comprensión o asimilación de la doctrina. Con este método se agranda la capacidad de diálogo y aceptación mutua en el ambiente de la libertad con el cultivo del espíritu crítico como garantía de la cuestión de la gracia y la libertad.

La dimensión antropológica en el pensamiento agustiniano se centraliza en dos cuestiones esenciales: Dios y el hombre. Para llegar a

Dios primero tenemos que indagar al mundo, después volverse hacia uno mismo y por último trascenderse. El mundo responde que él ha sido creado y el itinerario continúa; se procede a la ascensión interior, y el hombre se reconoce a sí mismo intuyéndose como ser existente, pensante y amante.

San Agustín, investiga el misterio del hombre, su naturaleza, su espiritualidad y su libertad. El ser humano está compuesto por un cuerpo y el espíritu. Obteniendo en cuenta que la cárcel del alma no es el cuerpo humano, sino el cuerpo corruptible; por lo que el alma no puede ser dichosa sin el cuerpo. El alma fue creada de la nada y es el complemento del cuerpo, ayuda a entender el misterio del hombre en su creación a imagen de Dios.

La creación del hombre a Imagen y semejanza de Dios, se ha desfigurado por el pecado y será la gracia la que se encargará de restablecer la correcta relación de Dios con el hombre. El hombre sólo adhiriéndose al ser inmutable puede alcanzar su felicidad. En este encuentro de Dios y el hombre, el obispo de Hipona, examina la delicada cuestión de la gracia y la libertad.

Agustín protegió la libertad contra los maniqueos y la existencia de una sola alma y una sola voluntad: era yo mismo quien quería, yo quien no quería; yo era yo. Por último, también exploró el tema de las pasiones, reduciéndolas a la raíz común del amor.

Las dos dimensiones del ser humano, son:

1. Personal: en inquieta búsqueda de la verdad, por el camino de la interioridad, para llegar a la trascendencia. “Vuelve a tu corazón y desde él asciende a tu Dios. Si vuelves a tu corazón, vuelves a Dios desde un lugar cercano” (s. 311,13).
2. Comunitaria: que se concreta progresivamente en solidaridad-amor-fraternidad, porque “no hay peldaño más seguro para subir al amor de Dios que la caridad del hombre para con los demás” (mor. Eccl. I,26,48).

Ninguno que se precie de hombre religioso, aun cuando sea todavía inepto para aquella visión, se atreverá a negar, o dejar de confesar lo de Agustín de Hipona: trasciéndete a ti mismo, “no quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo, mas no olvides que, al remontarte sobre las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma, dotada de razón. Encamina, pues, tus pasos allí donde la luz de la razón se enciende” (De ver. Rel. 39,72).

7. Caminando en la amistad

Agustín dice que “no hay amistad verdadera sino entre aquellos a quienes Tu aglutinas entre sí por medio de la caridad” (conf. 4,4,7). Por eso expresamos que la amistad es un valor universal de ética y moral, perenne precisamos de alguien en quien confiar, algunas veces suele comenzar de espontáneo o a veces sin buscarla, o porque alguien nos cae bien. Es sentirse a gusto con una persona, conversar y compartir impresiones, satisfacciones, afectos y proyectos es algo en común, entre dos personas, donde debe haber absoluta estabilidad.

Agustín manifiesta que en este mundo hay dos cosas necesarias: la salud y una persona amiga (en. Ps. 299, D,1). Pocas personas en la historia de la humanidad han vivido con tanta intensidad la amistad como Agustín. En toda la trayectoria de su vida se ve claramente que era un hombre que no podía vivir sin amistades: amar y ser amado era la cosa más dulce para mí (conf. 3,1,1).

Las amistades fueron para él de suma importancia desde su infancia hasta el final de sus días. Vivió siempre en una actitud abierta hacia los demás. Su famoso libro las Confesiones es, entre otras muchas cosas, la historia de sus amistades. Algunas malas, otras buenas, aunque simplemente humanas.

Su doctrina conclusiva fue que “los buenos amigos valen mucho para el bien, y los malos sirven mucho para el mal” (en. Ps. 87,12).

El escenario de la amistad en Agustín tiene las siguientes características habituales: es amor de alma a alma. Unifica dos almas en una sola. El amor entre los amigos es generoso. Se ha de amar al amigo como a uno mismo y la amistad es acuerdo mutuo en todo lo humano y lo divino. “La verdadera amistad no se mide por intereses temporales, sino que se bebe por amor gratuito”. “Amar y ser amado es la cosa más importante para mí (conf. 3,1).

Quien tiene un amigo tiene un tesoro, dice el viejo proverbio. “El amigo fiel es un apoyo seguro, quien lo encuentra, ha encontrado un tesoro. El amigo fiel no tiene precio, su valor es incalculable. El amigo fiel es un elixir de vida, los que temen al Señor lo encontrarán. El que teme al Señor orienta bien su amistad, porque según sea el, así será su amigo” (Eclo 6,14-17).

Concluamos con estas alabanzas de san Agustín:

Dame fuerzas para Buscarte

(De Trinit. 15,28,51).

*Señor y Dios mío, mi única esperanza,
no permitas que deje de buscarte por
cansancio, sino que te busque siempre
con renovada ilusión.*

*Tú, que hiciste que te encontrara
y me inculcaste ese afán por sumergirme
más y más en ti, dame fuerzas para continuar en ello.
Mira que ante ti están mis fuerzas
y mi debilidad.*

*Conserva aquéllas, cura ésta.
Mira que ante ti están mis conocimientos
y mi ignorancia. Allí donde me abriste,*

*acógeme cuando entre.
Y allí donde me cerraste,
ábreme cuando llame.*

*Haz que me acuerde de ti,
que te comprenda, que te ame.
Acrecienta en mí estos dones,
hasta que me transforme completamente
en nueva creatura. Amén.*